

La Sociología de la Literatura

Por Joseph S. ROUCEK, Presidente y Profesor de los Departamentos de Ciencia Política y de Sociología de la Universidad de Bridgeport, Conn., Estados Unidos de América. Colaboración Especial para la Revista Mexicana de Sociología. Versión del inglés por Oscar Uribe Villegas.

LA literatura definida en su forma más simple, es “una interpretación o recreación de la vida, de carácter imaginativo, creativamente expresada”.¹ El término “vida” se concibe en términos de la vida de un individuo (el escritor o el poeta mismo), en cuanto expresión objetiva o rechazo de la voluntad en un nivel universal (en el sentido de Schopenhauer), o como una experiencia metafísica, moral, filosófica, social, psicológica, política o económica influida por los factores circundantes temporales y étnicos y por el reto del “momento” (según proclamaba Hippolyte Taine). La base del producto literario es la creatividad, y el objetivo último el placer estético. Esto último puede sugerir desinterés (como señaló Immanuel Kant) o respuesta a la necesidad representada por nuestros impulsos lúdicos (según afirmaba Friedrich Schiller y Herbert Spencer); asimismo puede no tener propósito (de acuerdo con Henrich Heine), o puede ofrecer una catharsis en el sentido aristotélico o, asimismo, puede ofrecer instrucción al través del deleite (de acuerdo con Horacio). C. G. Jung llama al instinto de juego, actividad fantasiosa, S. T. Coleridge y los hermanos Schlegel

¹ Joseph Remenyi, “The Meaning of World Literature”. *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, IX, 3 (marzo de 1951), pp. 244-51.

hablan, especialmente en relación con la poesía, de nuestra capacidad para participar en la vida orgánicamente al través de la literatura, reivindicando así la supremacía del sentimiento, el instinto y la imaginación sobre las ideas. Ralph Waldo Emerson enfatizó su importancia en relación con las ideas proféticas y los ideales románticos. De acuerdo con el positivismo de Auguste Comte y el concepto de clase de Karl Marx, la literatura es un agente social. Sigmund Freud afirmaba que la literatura busca la ilusión, una experiencia substituta. George Santayana escribió “que las artes tienen sus fechas, y el problema mayor no está en determinar en qué edad vive Ud. o qué arte es el que persigue, sino qué perfección puede Ud. alcanzar en ese arte, bajo tales circunstancias”. Estas y muchas otras opiniones tienen en común un punto: el que la literatura, en cuanto concepto, se caracteriza por su relatividad y empiricismo en cuanto a ideología y gusto, y por las contradicciones y la multiplicidad de manifestaciones en cuanto a conocimiento, sensibilidad y autointerés.

Los aspectos relativísticos e ideológicos de la literatura comenzaron a debatirse hace aproximadamente siglo y medio, cuando se hizo la distinción entre épocas creadoras y épocas críticas. Desde entonces “los hombres se han preocupado por saber si su propio tiempo era creador”.² En efecto, ha habido discusiones inacabables y argumentaciones incontables acerca de cuáles eran las creaciones dignas del arte. Porque, “la creatividad es una virtud”, y “le ponemos su nombre a todo lo que queremos dignificar”. De este modo, quienes escriben una novela o un poema, son “creadores”, pero a quienes trabajan en la historia, en la crítica, en los relatos de viajes, en las oraciones, en la autobiografía, en la filosofía e incluso en la sociología, se les considera como “no creadores”. Esto representa un intento de producir una confusión con base en contradicciones semánticas, según señala Barzun, puesto que “el arte es arte dondequiera que aparezca. Algunas de las formas de dicho arte pueden ser menos profundas, menos comprensivas, menos populares que otras. Pero la buena redacción, como dijo una vez Bernard de Voto, es buena redacción incluso en un informe de mesuramientos geodésicos”.

Históricamente, el significado del contraste original entre arte creador y crítico fue establecido por el filósofo social francés Saint-Simon, quien deseaba establecer la diferencia entre el temperamento que pre-

² Jacques Barzun, “Each Age Pick its Literary Greats”. *The New York Times Book Review*. marzo 6 de 1955. 1 y ss.

valecía en el siglo XVIII que separaba las cosas entre sí, y el espíritu que veía surgir en el siglo XIX, que consistía en juntar de nuevo las cosas. Cometemos un error al desplazar la línea de contraste de los resultados intelectuales a las formas artísticas.

Existe también un concepto de relatividad que proviene de que lo que en primer término es arte creador para una generación, puede no serlo para la siguiente. Para el siglo pasado, Voltaire fue un gran creador en virtud de sus tragedias en verso. Pero, actualmente es apreciado por una sola gran creación —Cándido— “una pieza limitada de crítica ligeramente revestida de las apariencias de la ficción. Si se juzga estrictamente como novela, carece de verosimilitud y de caracterización, así como de forma determinable, puesto que muchos de los incidentes ocurren sin necesidad y pueden multiplicarse o eliminarse sin producir gran daño ni a la tesis ni al placer que nos cause” Pero, en la actualidad, señala Barzum, Cándido “posee el famoso membrete que habla de que debemos cultivar nuestro jardín”.

Este —y muchos otros ejemplos afines— muestran que “las grandes creaciones se vuelven tales con posterioridad, por un decreto retroactivo del espíritu humano”. En 1955, centenario de homenaje a Whitman, difícilmente podría creerse que sus *Leaves of Grass* habían sido cien años antes una singularidad oscura y obscena.

Si aceptamos la teoría de Barzum, las grandes obras de la literatura no son elegidas de un modo arbitrario o por un favorable golpe de fortuna. La expresión “Grandes de la Literatura” es una máscara, pues nunca sabremos cuántos trabajos valiosos excluimos al usar tales expresiones y llegar a tales enjuiciamientos. Así, por ejemplo, olvidamos que Lincoln y William fueron grandes escritores en prosa, y que el discurso de Gettysburg puede señalarse como “uno de los grandes poemas estadounidenses”. Quienes emiten los enjuiciamientos de una época (conforme al “principio de la élite”) eligen el arte que desean y “sutilmente lo alteran por el hecho mismo de deseárselo. Y lo desean en razón de necesidades que están sujetas a cambio con el curso de los acontecimientos”.

Deficiones. La literatura, por lo tanto, puede definirse, sociológicamente, 1) ya sea en un sentido estrecho, limitado a las “belles-lettres”, y 2) en su sentido más amplio, referido a todas las comunicaciones escritas en una sociedad letrada (incluyendo mitos, leyendas, proverbios, folklore); a todos los escritos, estén en prosa o en verso, y especialmente a aquellos de carácter imaginativo o crítico y que, a me-

nudo innecesariamente se distinguen de los escritos científicos, de la redacción de noticias y de otros tipos semejantes. Es interesante notar que el sociólogo ha descuidado este campo en su calidad de totalidad o unidad,³ aún cuando se haya contribuido mucho a los estudios en este terreno al examinar la literatura en cuanto uno de los aspectos del arte en su calidad de agencia de control social.⁴

Mucho ha sido, en efecto, lo que se ha publicado acerca de los aspectos sociológicos de la cultura popular (del radio, del cine, de las tiras cómicas, de la música popular y de la ficción), especialmente en beneficio de la industria de la comunicación que utiliza la investigación con objeto de convencer a los anunciantes de sus capacidades para influir en los hábitos de compra, así como para preprobar o someter a prueba previa sus producciones más costosas (en relación con los que potencialmente se consideran elementos mejores vendedores).⁵

En efecto, especialmente el sociólogo estadounidense, así como otros científicos sociales, se ha interesado en mayor proporción en los aspectos instrumentales del arte en la vida social. Quizá esto se haya debido a que los problemas prácticos han sido más apremiantes o insistentes, o debido a que las disciplinas académicas que tradicionalmente se habían ocupado de la historia y del análisis literarios se han encontrado imprepa-

³ Para los últimos reconocimientos de este terreno, véase: David J. Pittman, *The Sociology of Art*. *Apéndice Bibliográfico*, pp. 559-64 en Joseph B. Gittler, Ed. *Review of Sociology: Analysis of a Decade*. John Wiley. New York, 1957; Clifton R. Jones, "The Sociology of Symbols, Language and Semantics" 437-52, en Joseph S. Roucek, Ed. *Contemporary Sociology*. Philosophical Library. New York, 1958. Raymond F. Bellamy, "Art and Literatura". Cap. XV, pp. 240-59, en Joseph S. Roucek, *Social Control* (Princeton, N.J.: D. van Nostrand Co., 1956); Hugh D. Duncan, "Sociology of Art, Literature and Music: Social Contexts of Symbolic Experience". Cap. XVI, 482-500 en Howard Becker and Alvin Boskoff, Ed., *Modern Sociological Theory: In Continuity and Change*. The Dryden Press. New York, 1957; Leo Lowenthal, *Literature and the Image of Man: Sociological Studies of the European Drama and Novel, 1600-1900*. The Beacon Press. Boston, 1957.

⁴ Bellamy. *Op. cit.*, y bibliografía adjunta; William Albig, *Modern Public Opinion*. McGraw-Hill. New York, 1956, pp. 350-3; Bernard Rosenberg & David Manning White, Eds., *Mass Culture: The Popular Arts in America*. The Free Press. Glencoe Ill., 1957.

⁵ Rosenberg & White, Eds., *Op. cit.*; Roucek, *Op. cit.*; Wilbur Schramm, *Mass communications: a Book of Readings selected and Edited for the Institute of Communications Research in the University of Illinois by the Director of the Institute*. The University of Illinois Press. Urbana, Ill., 1949; Sydney W. Head, *Broadcasting in America: A Survey of Television and Radio*. Houghtton Mifflin. Boston, 1956; Wilbur Schramm, etc., *Communication in Modern Society*; 15 Studies of the Mass Media Prepared for the University of Illinois Institute of Communica-

radas ante el impacto de la literatura de las masas.⁶ Además de esto, el crítico literario y el historiador literario han permanecido especialmente indiferentes ante las “profundidades inferiores de la imaginación impresa”.⁷

El área. Sociológicamente hablando, la literatura es un aspecto de los patrones culturales y el análisis sociológico se enfoca en problemas tales como: 1) ¿por qué razón el trabajo llega a escribirse o incluso a crearse?; 2) ¿qué relación tiene con otros trabajos en el mismo campo y con trabajos u obras de otros campos?; 3) ¿por qué ha llegado a ser aceptado o rechazado en un período dado del desarrollo histórico?; 4) ¿qué valores básicos de la cultura expresa, distintos de los del aspecto problemático?, y 5) ¿por qué ha llegado a asumir la forma particularmente usada por el artista? Esto debe hacerse dentro de los supuestos de relatividad cultural y de selectividad cultural que dependen de las interrelaciones de una matriz cultural dada, que emerge del punto de vista cultural dado y de las mentalidades de un período dado. Toda cultura tiene ciertas creencias, valores e ideas que desea estimular y preservar. De ahí que el sociólogo se interese en la aceptabilidad del escritor para su época y para los varios grupos especiales de interés de su medio social. La relación de una obra de arte respecto de otra u otras obras de arte del período es importante, puesto que, a menudo el examen de un trabajo artístico arroja más luz sobre los elementos contenidos en otros que sin su auxilio hubieran pasado inadvertidos. Entonces, el sociólogo tiene que crear la base cultural de los modos literarios de expresión de una época dada; proporcionar las características sobresalientes del período general de preocupaciones culturales comunes de la época. Para parafrasear a John Dewey: para entender lo que hemos llegado a ser, es preciso que entendamos lo que fuimos.

La cultura y la sociedad que hacen nacer los poderes creadores del

tions Research. University of Illinois Press. Urbana, Ill., 1948; Bernard Berelson & Morris, Janowitz, Eds., *Reader in Public Opinion and Communication*. The Free Press. Glencoe, Ill., 1953, etc.

⁶ J. H. Müller, “Is Art the Product of Its Age?” *Social Forces*, XIII (marzo de 1935), pp. 367-76; “The Folkways of Art”. *American Journal of Society*, XLIV (septiembre de 1938); Milton C. Albrecht, “The Relationship of Literature and Society”. *Ibid.* LIX, 5 (marzo, 1954), pp. 425-36; Leo Lowenthal, “The Sociology of Literature”, pp. 82-100 en Wilbur Schramm, Ed., *Communications in Modern Society*.

⁷ Lowenthal, *Op. cit.*

novelista moldean en forma considerable y determinan los temas acerca de los cuales escribe; sus puntos de vista, sus materiales y su conjunto de valores. Las fuerzas que produjeron las novelas de Dickens fueron diferentes de las que sirvieron de reto a Dostoievsky. La cultura nacional de cada uno de estos hombres difería de la del otro, y la de Sinclair Lewis era, además, diferentes de las de ambos y de las de otros muchos. Las actitudes de estos escritores fueron moldeadas por sus sociedades y variaron de acuerdo con las tendencias prevalentes. El ambiente social de Zola le hizo producir una disección inmisericorde de todo el sistema social de Francia. Theodore Dreiser y Sinclair Lewis representan la reacción del artista y del humanitario en contra de un sistema que, para ellos, exalta un falso conjunto de valores e ignora los verdaderos. ¿Por qué fueron rebeldes estos hombres y otros, en cambio, aceptaban las normas de sus tiempos o las ignoraban?, es un tópico de investigación en el campo de la sociología del novelista y de la novela.⁸

A más de esto, la personalidad de un escritor individual puede escindirse en sus elementos de capacidad creadora innata y de vivencias o experiencias vitales. Dado un cierto grado de habilidad, el escritor es influido y condicionado por cosas tan mundanas como el tipo de familia en que ha sido educado, su educación formal, la posición social de su familia, su nacionalidad, su religión y otra multitud de factores que actúan sobre la personalidad individual. Cualquier análisis sociológico adecuado de las novelas y de sus creadores deberá cubrir factores como los mencionados. Algunos escritores (Theodore Dreiser, Edmund Gosse, Sherwood Anderson, Marcel Proust, etc.), han proporcionado muchos informes acerca de sí mismos y de sus obras. Tales informaciones ayudan para obtener una comprensión más completa del novelista en cuanto personalidad moldeada por los vientos cambiantes de las influencias que actúan sobre todos los seres humanos y sobre cada uno de ellos en particular.

Otro aspecto del estudio de la sociología de la novela consistiría en el estudio de los sistemas de publicación existentes, de los críticos de libros, de la propaganda de libros, de los clubs de lectura, de las listas de libros de mayor venta y de una multitud de tópicos relacionados.

⁸ Un buen ejemplo de este principio lo proporciona Philip S. Foner, Ed., *Jack London, American Rebel*. A Collection of his Social Writings together with an extensive study of the man and his times. Citadel Press. New York, 1947; aquí las selecciones de *Martin Den*, *John Barleycorn*, *My Life in the Underworld*, *The People of the Abyss*, cuentos, artículos periodísticos, ensayos y revistas y comentarios muestran el campeonato de London respecto del movimiento socialista.

Son importantes en cuanto condicionan al público que lee novelas y reciben la influencia de todos ellos. El proceso por el cual una novela alcanza finalmente a un círculo de lectores debe estudiarse todavía. Dicho estudio puede indicar la existencia de un sistema social en el cual ciertos productos sociales pueden encontrar reconocimiento y lectores frente a otros en que dichos productos pueden ser sepultados en las bodegas de los editores o en los cajones de los manuscritos que no llegan a leerse.

Los puntos de vista sociológicos de la literatura. En tanto que el no sociólogo valora la literatura usualmente desde los puntos de vista artístico, estético o moral, el sociólogo observa el campo en forma totalmente diferente. Una revisión de los enfoques sociológicos puede resumirse señalando tres campos: 1) La teoría del reflejo; 2) La teoría de la literatura como medio de control social, y 3) La teoría de la influencia.

1) La idea de que la literatura refleja la sociedad puede remontarse al concepto de imitación, de Platón.⁹ La aplicación sistemática de esta idea apareció, sin embargo, sólo en 1800 en que Madame de Staël escribió *De la Littérature considérée dans des rapports avec les institutions sociales* (París, 1800) y su *De l'Allemagne* (París, 1813), en donde presentó una interpretación social e histórica de la literatura de varias naciones. El problema de la relación entre literatura y cultura en la que se produce, se ha planteado en muchas formas desde que Taine propuso su teoría de la literatura como producto de "raza, época y era".¹⁰ El inauguró una tendencia que enfatizó los determinismos sociales y culturales, en vez de la inspiración personal, y la cual se conoce como "teoría del reflejo", la cual explica, insistimos, en términos sociales e históricos más que en términos individuales, la actividad y los productos literarios. De este modo, en un tiempo se ha creído que la literatura refleja la economía, las relaciones familiares, el clima y los paisajes, los acontecimientos políticos, la moral, las guerras, la religión y muchos otros aspectos del ambiente y de la vida social.¹¹

⁹ Platon, *The Republic*, en *The Works of Plato*, traducidos por Jowett. Dial Press. New York, s. d., II, 378 y ss.

¹⁰ H. Taine, *Histoire de la Littérature anglaise*. París, 1864.

¹¹ Max Lerner & Ewin Mins Jr., "Literature" en *Encyclopaedia of Social Sciences*. The Macmillan Co., New York, 1933, IX, pp. 538-9.

A pesar de que Müller ha mostrado que la teoría del reflejo es demasiado “omnicomprensiva”¹² ha sido aplicada persistentemente por historiadores literarios y sociales, así como por sociólogos y antropólogos.¹³ Básicamente, la teoría enfatiza el que la literatura refleja predominantemente los valores significativos y las normas de una cultura y que la literatura puede utilizarse como un índice de las creencias y valores dominantes en la sociedad.

En efecto, los estudiosos de la cultura han usado la literatura como reflejo de la realidad fundamental de la cultura a la que han llamado “mentalidad cultural”, “principio espiritual”, “alma”, “Weltanschauung” de los diferentes estadios de desarrollo (concepción derivada en gran proporción de Hegel y Herder así como de Comte y Spencer).¹⁴

Otra versión de este enfoque es proporcionado por la dialéctica de Marx. La literatura y el arte, junto con otras formas “ideológicas”, están determinadas por “el modo de producción de la vida material” y por las ideas de las clases gobernantes que en toda época constituyen las ideas gobernantes.¹⁵

El enfoque marxista ha sido elaborado, interpretado y aplicado por Veblen, Caldwell, Fox, Calverton, Parrington y Hicks.¹⁶ Los sostenedores más moderados de la teoría del reflejo en el campo de la sociología han dominado el campo sociológico, considerando a la literatura —y especialmente a la literatura de ficción y a la biografía en sus “formas populares”— como algo que “refleja” los hechos sociales: los

¹² “Is the Art the Product of Its Age?” *Opus cit.*, p. 373.

¹³ W. E. Lingelbach, Ed., *Approaches to American Social History*. Appleton-Century-Crofts. New York, 1937; David Daiches, *Literature and Society*. Victor Gollancz. London, 1938. Irwin Edman, *Arts and the Man*. New American Library. New York, 1949, pp. 122-9. Ruth Benedict, *Chrysanthemum and the Sword*. Houghton Mifflin. Boston, 1946, pp. 100-33.

¹⁴ Albert Guérard, *Literature and Society*. Lothrop, Lee & Shepard. Boston, 1935.

¹⁵ Karl Marx and Friedrich Engels, *Literature and Art*. International Publishers. New York, 1947, p. 1; cf. Louis Harap, *Social Roots of the Arts*. International Publishers. New York, 1949, p. 16.

¹⁶ Thorsten Veblen, *The Theory of the Leisure Class*. Heubsch. New York, 1924, pp. 126-66. Christopher Caldwell, *Illusion and Reality*. International Publishers. New York, 1947; Ralph Fox, *The Novel and the People*. International Publishers. New York, 1945; Vernon L. Parrington, *Main currents in American Thought*. Harcourt Brace. New York, 1930; V. F. Calverton, *The Newer Spirit*. Boni & Liveright. New York, 1925; y *The Liberation of American Literature*. Charles Scribners. New York, 1932. Granville Hicks, *The Great Tradition*. The Macmillan Co. New York, 1953.

problemas de divorcio, la urbanización, las tensiones sociales, las pugnas ideológicas, etc. Este grupo se ha interesado principalmente en determinar hasta qué grado estos trabajos reproducen con fidelidad los problemas contemporáneos.

Este enfoque es prácticamente el mismo que se utiliza cuando se usa la novela "problema" (cuya historia puede remontarse a Mark Twain, Hay, Adams y Howe, cuyas novelas analizaron el mal dentro de la estructura social estadounidense y que fueron prácticamente ignoradas si exceptuamos a Bellamy quien trató de los ideales más amplios del socialismo marxista, así como la escena estadounidense más inmediata). A partir de 1903, los Estados Unidos de América han favorecido este tipo de ficción y de autocrítica, así como de presentación de los problemas sociales, aún cuando el foco de atención ha estado cambiando periódicamente: de la escuela del "muckracker" correspondiente a los días de la primera gran guerra y que se disuelve eventualmente en el período o "era del jaz", para llegar hasta los efectos de la gran depresión y a la desilusión consecutiva de la segunda guerra mundial.¹⁷

2) A pesar de la falta de estudios sociológicos sistemáticos de la literatura, los sociólogos se han percatado muy bien de la función de la literatura en cuanto agencia de control social. Todo gran movimiento social se ha acompañado de una gran elevación en cuanto al volumen de la literatura que describe las condiciones de los tiempos en que se produce. Al lado de los historiadores, los sociólogos han señalado la influencia de los escritos de Voltaire o Rousseau en la Revolución Francesa; de Harriet Beecher Stone con su Cabaña del Tío Tom, sobre el problema de la esclavitud negra; de la *Jungla* de Upton Sinclair sobre los escándalos de principios del siglo; de John Steinbeck con sus *Vides de Cólera* sobre los conceptos referentes a los "oakies" de tiempos de la gran depresión. Se señala que Dickens influyó en que se modificara todo el sistema escolar de la Gran Bretaña al escribir *David Copperfield*, *Nicholas Nickleby* y otros libros semejantes. Los pasajes más conocidos de Longfellow, de Shakespeare, de Riley, de Edgar Guest y de otros

¹⁷ Ruth Inglis, "An Objective Approach to the Relationship between Fiction and Society", *American Sociological Review*, III (Agosto de 1938), pp. 526-31; Gene Feldman & Max Gartenberg, Eds., *The Beat Generation and the Angry Young Men*. The Citadel Press. New York, 1958; Leo Gurko, *The Angry Decade*. Dodd, Mead. New York, 1947; Joseph Stode, Ed., *Social Insight through short Stories*. Harper. New York, 1947; James H. Barnett & Rhoda Gruen, "Recent American Divorce Novel, 1938-1945, A Study in the Sociology of Literature" *Social Forces*, XXVI (marzo de 1948), pp. 332-7.

poetas y “rimadores” han influido en forma muy marcada en nuestros caracteres aún cuando esto no sea siempre reconocido. Cooper y otros escritores del “Oeste Salvaje” estadounidense han hecho del indio estadounidense un ídolo importante para los estadounidenses. En nuestros tiempos, ciertos tipos de crimen y ciertas historias detectivescas han afectado nuestra vida nacional y nuestra existencia individual.¹⁸

Dicho brevemente, ya sea en forma directa o ya en muchas otras formas, la teoría del control social explica numerosos efectos sociales directos y “ocultos” de la literatura en una sociedad compleja.

3) El concepto de control social puede considerarse como separado y distinto de los que proceden de la teoría de la influencia, la cual enfatiza el carácter de la literatura en su efecto “conformador” de la sociedad.

La idea de la literatura en cuanto elemento de conformación o modelación de la sociedad ha adquirido dos manifestaciones muy amplias, dependiendo cada una de ellas de las influencias, según que estas sean consideradas como benéficas o como perjudiciales para la sociedad. Ambas son, obviamente, enjuiciamientos valorativos más que teorías, pero han sido sostenidas muy ampliamente. La teoría —por ejemplo—, de que cierta literatura, si no toda, tiende a romper o a corromper a la sociedad ha sido conocida de nuestra civilización y la quema de libros por los nazis tiene precedente histórico. Su forma tradicional la ofrece Platón en su República de donde teme que las leyes fundamentales del Estado puedan modificarse por los desplazamientos en los modos “musicales”. Esta concepción fue usada ulteriormente por la iglesia cristiana; siguió siendo corriente durante la Edad Media, y encontró su expresión más vigorosa en el catolicismo del siglo xvi y en el puritanismo.¹⁹

Actualmente, de un modo semejante, la URSS controla estrictamente el carácter de la producción estética mientras la censura no es nunca un concepto clave en los Estados Unidos de América. Todas esas medidas han representado esfuerzos directos para prescribir la producción artística o prevenir su circulación con base en el supuesto de que algunos trabajos extienden y perpetúan valores antitéticos con

¹⁸ Pero Ruth Ingles, “An Objective Approach to the Relationship between Fiction and Society”. *American Sociological Review*, III (agosto de 1938) no encuentra evidencias en el sentido de que la literatura popular “conforme” a la sociedad aún cuando cree que da como resultado un cierto control social apoyando el *status quo* de las actitudes e ideales estadounidenses.

¹⁹ Max Lerner & Edwin Mims, *Op. cit.*

respecto a los propios de un orden social emergente o plénamente establecido.

Los efectos de las artes por encima de sus funciones de control social —como la influencia en el “moldeo” de la sociedad— han sido puestos en duda por Toynbee y otros, pero han sido proclamados por diferentes autores. Así, por ejemplo, Albert Guerard, proclama que los trabajos literarios han impuesto modas tales como un “fatal pallor”, y que el *Werther* de Goethe fue “el responsable” de una “onda de suicidios”. También cree que la literatura ha producido las concepciones de tipos nacionales, y que ciertas ideas literarias precedieron y “guiaron” movimientos y reformas políticas.²⁰

Probablemente la afirmación más entusiasmo haya sido hecha por Downs quien afirma que, al través de la historia “es grande la evidencia acumulada en el sentido de que los libros en vez de ser fútiles, no dañinos, inocentes, son frecuentemente cosas dinámicas, vitales, capaces de cambiar toda la dirección de los acontecimientos, en ocasiones para bien y en otras para mal”.²¹

²⁰ Albert Guérard, *Literature and Society* (Lothrop, Lee & Shepard. Boston, 1935), pp. 337, 338-40.

²¹ Robert B. Downs, *Books that Changed the World*. Mentor Books. New York, 1956, p. 7.